

Franz Kafka

EL FOGONERO

Ilustraciones de Max

«Al entrar en el puerto de Nueva York a bordo de un barco que se iba deteniendo, Karl Roßmann, un joven de diecisiete años al que sus padres pobres habían enviado a América por tener un hijo con una criada que lo había seducido, creyó ver la Estatua de la diosa Libertad, que divisaba desde hacía un buen rato, como si estuviera dentro de un rayo de sol que fulgurara de repente». Así comienza *El fogonero*, que se publicó como libro independiente en 1913 y terminó siendo el primer capítulo de *El desaparecido*, la inacabada novela de Kafka.

Este relato, magníficamente ilustrado por Max, contiene elementos característicos de la narrativa del autor checo: todos estamos en manos de un destino que no controlamos. El joven Roßmann defenderá con vehemencia al fogonero porque considera que ha sido tratado injustamente, y de su viaje por el interior del barco, que se puede ver como un encuentro con las estructuras del poder, saldrá airoso gracias a un inesperado suceso.



Franz Kafka

El fogonero (Ilustrado)

ePub r1.0

Titivillus 26.06.16

Título original: *Der Heizer*
Franz Kafka, 1913
Traducción: Juan Andrés García Román
Ilustraciones: Max

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

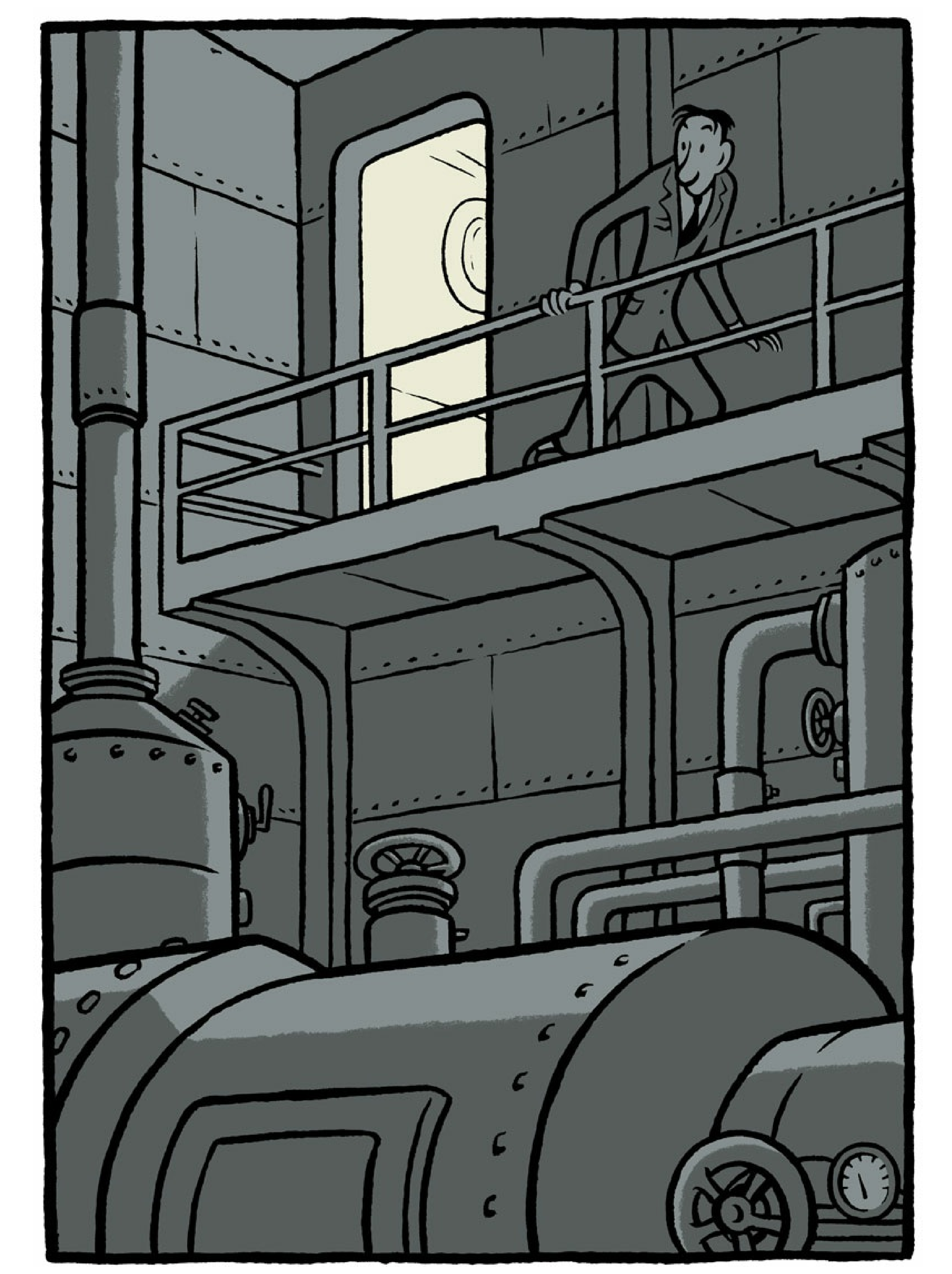




El fogonero

Al entrar en el puerto de Nueva York a bordo de un barco que se iba deteniendo, Karl Roßmann, un joven de diecisiete años al que sus padres pobres habían enviado a América por tener un hijo con una criada que lo había seducido, creyó ver la Estatua de la diosa Libertad, que divisaba desde hacía un buen rato, como si estuviera dentro de un rayo de sol que fulgurara de repente. El brazo con la espada parecía recién alzado y en torno a su silueta soplaban aires libres.

«Qué alta», se dijo. Y como no se había hecho aún a la idea de marcharse se vio empujado poco a poco hasta la baranda de cubierta por una creciente multitud de mozos de equipaje que se le adelantaban sin parar.



Un joven al que había conocido vagamente durante la travesía le dijo al pasar: «¿Es que no tiene ganas de bajar?». «Pero si ya estoy listo», le respondió Karl sonriendo y, en parte por la alegría, en parte porque era un muchacho robusto, decidió echarse la maleta al hombro. Pero mientras posaba la vista en su conocido, que se alejaba con los otros agitando un poco el bastón, se percató de que se había olvidado el paraguas abajo. Rápido preguntó al conocido, que no pareció precisamente alegrarse, si tendría la amabilidad de quedarse un momento al cuidado de su maleta, echó un vistazo al sitio para poder volver sin problema y se fue a toda prisa. Al llegar abajo comprobó que un pasillo que debía abreviar mucho su camino había sido cortado por vez primera, lo cual seguramente estaba en relación con el desembarco completo de la tripulación; por eso tuvo que buscar fatigosamente su ruta entre un sinfín de cuartuchos, pasillos que siempre se torcían, escaleras que se sucedían sin pausa unas a otras y una cámara vacía con un escritorio abandonado, hasta que finalmente, y como sólo había hecho ese recorrido una o dos veces y siempre en compañía, llegó a verse totalmente perdido. En su desconcierto, como no veía a nadie y lo único que podía oír era el ruido incesante de miles de pisadas sobre su cabeza o, a lo lejos, el último aliento de las máquinas paradas, comenzó a aporrear una puertecita cualquiera con la que se tropezó en su deambular. «Está abierto», dijeron desde dentro. Y Karl abrió con un verdadero suspiro de alivio. «¿Por qué da esos golpes?», preguntó un hombre enorme que apenas si se volvió para mirarle. De algún tragaluz se precipitaba una luz sin brillo que llegaba consumida desde las estancias superiores del barco hasta la miserable cabina en la que, como apilados uno junto al otro, se encontraban una cama, un armario, un sillón y el hombre. «Me he perdido», dijo Karl. «Durante el viaje no lo noté, pero es un barco terriblemente grande». «Sí, lleva usted razón», dijo el hombre con cierto orgullo y sin dejar de trastear el cierre de una pequeña maleta que intentaba cerrar apretándola con las dos manos y aguzando el oído para escuchar si se encajaba el cerrojo. «Pero pase», continuó diciendo el hombre, «no va a quedarse ahí fuera». «¿No molesto?», preguntó Karl. «¿Por qué iba a molestar?». «¿Es usted alemán?», intentó cerciorarse Karl, que había oído hablar de los peligros que amenazaban a los recién llegados, especialmente por parte de los irlandeses. «Lo soy, lo soy», respondió el otro. Pero Karl dudaba todavía. Entonces el hombre agarró de golpe el pomo de la puerta y tirando con fuerza de él empujó a Karl adentro. «No puedo soportar que me miren desde el pasillo», dijo el hombre volviendo a ocuparse de la maleta. «Todo el que pasa se queda mirando. No hay alma que aguante esto». «Pero si el pasillo está vacío», dijo Karl, que se encontraba en una posición muy incómoda, apretujado contra los pies de la cama. «Sí, ahora sí», dijo el hombre. «Pues de ahora se trata», pensó Karl. «Con este hombre es difícil hablar». «Túmbese en la cama, así tendrá más espacio», le dijo el hombre. Y Karl se arrastró como pudo dentro de la cama después de un par de intentos fallidos que le hicieron reír. Pero apenas se había acostado cuando gritó: «¡Por Dios!, me he olvidado completamente de la maleta». «¿Dónde la ha dejado?». «Arriba, en cubierta, un conocido me la está guardando». «¿Cómo se llama?». Karl echó mano a un bolsillo secreto que le había cosido su madre para el viaje en el forro de la chaqueta y sacó una tarjeta de visita. «Se llama Butterbaum, Franz Butterbaum». «¿Y le hace mucha falta esa maleta?». «Claro». «¿Entonces, cómo es que se la deja a un desconocido?». «Había olvidado abajo un paraguas y he corrido a cogerlo, pero no quería ir cargando con la maleta. Luego me he perdido». «¿Viaja solo, sin acompañante?». «Sí». Quizás haría

bien acercándome a este hombre, se le pasó a Karl por la cabeza, dónde voy a encontrar un amigo mejor. «Y ahora también ha perdido la maleta. Por no hablar del paraguas». El hombre se sentó en el sillón, era como si el asunto de Karl hubiera ganado algo de interés para él. «Pero no creo que la maleta esté perdida del todo». «Bienaventurados los que creen», dijo el hombre rascándose con fuerza su pelo corto, oscuro y tupido. «Cuando estás en un barco, las costumbres cambian en cada puerto. Tal vez en Hamburgo su Butterbaum le habría vigilado la maleta. Aquí, en cambio, lo más probable es que no haya ni rastro de ninguno de los dos». «Pues entonces tengo que subir ahora mismo a ver», dijo Karl, girándose para buscar la salida. «Quédese», dijo el hombre y, dándole un brusco empujón en el pecho, lo volvió a tumbar. «Pero ¿por qué?», preguntó enojado Karl. «Porque no tiene sentido», dijo el hombre. «En un momento voy yo también, vamos juntos. O bien la maleta ha sido robada y entonces no hay ayuda posible y puede usted llorar hasta el fin de sus días, o bien esa persona sigue ahí, lo cual quiere decir que es tonto y va a seguir guardándola o que sencillamente es un hombre honrado y la ha dejado en su sitio. Así que la encontraremos mejor cuando el barco se haya vaciado del todo. Y el paraguas igual». «¿Sabe usted moverse en el barco?», preguntó Karl con desconfianza. Y es que le parecía que en aquel razonamiento por lo demás convincente de que las cosas serían más fáciles de encontrar con el barco vacío podía haber gato encerrado. «Pero si soy fogonero», dijo el hombre. «Es usted fogonero», exclamó Karl con alegría, como si aquello satisficiese todas las expectativas. Y se apoyó en un codo para poder ver al hombre más de cerca. «Justo delante de la cabina donde dormía con los eslovacos había una escotilla a través de la cual se podía ver la sala de máquinas». «Sí, ahí es donde he trabajado», dijo el fogonero. «Siempre me ha interesado mucho la técnica», dijo Karl, que parecía instalado en sus propias cavilaciones. «Seguramente me habría hecho ingeniero si no hubiera tenido que venirme a América». «¿Y por qué tuvo que irse?». «¡Por nada, por nada!», dijo Karl deshaciéndose de toda la historia con un gesto de la mano. Y al tiempo miró al fogonero sonriendo como si pidiera indulgencia por aquello que no había confesado. «Pero habrá una razón», dijo el fogonero, y no se sabía si con ello estaba rechazando una explicación o requiriéndola. «En este momento yo también podría hacerme fogonero», dijo Karl. «Ahora a mis padres les trae del todo sin cuidado lo que quiera ser». «Pues mi puesto se va a quedar libre», dijo el fogonero, metiendo con gravedad las manos en los bolsillos y retrepándose sobre la cama para estirar las piernas, que tenía enfundadas en unos pantalones plisados de una tela arrugada y color gris semejante al cuero. Karl tuvo que pegarse más a la pared. «¿Va a dejar el barco?». «Claro, de hecho nos despedimos hoy mismo». «¿Por qué?, ¿es que no le gusta este barco?». «Bueno, es una cuestión de circunstancias, no importa si a uno le gusta o si no. Pero es cierto, tampoco me gusta. Seguramente no piensa en serio lo de hacerse fogonero. Aunque justo eso podría facilitar las cosas. Yo desde luego se lo desaconsejo rotundamente. Si tenía intención de estudiar en Europa, ¿por qué aquí no? Las universidades americanas son incomparablemente mejores». «Es posible», dijo Karl, «pero casi no tengo dinero para estudiar. Aunque he leído de alguien que de día trabajaba en una tienda y de noche estudiaba hasta que llegó a hacerse doctor, y creo que hasta alcalde. Pero para eso se necesita mucha constancia y me temo que yo no la tengo. Aparte de eso, en la escuela no me fue especialmente bien. No me costó mucho abandonarla. Y aquí las escuelas son quizás más severas. Inglés casi no sé. Además, me parece que aquí no se tiene mucha simpatía por los extranjeros». «¿Ya se ha dado usted cuenta? Está bien, entonces estaremos de

acuerdo. Mire, este es un barco alemán, ¿no es cierto? Pertenece a la compañía Hamburgo-América. ¿Por qué entonces la tripulación no es alemana? ¿Por qué el jefe de máquinas es rumano? Se llama Schubal. Es increíble, ese canalla maltrata a los alemanes; y eso que este barco es alemán. No piense —le faltaba el aliento y se daba aire con la mano— que me quejo por quejarme. Ya sé que no tiene usted influencia, que es sólo un pobre muchacho. Pero esto es demasiado». Y dio varios golpes en la mesa sin dejar de mirarse el puño a cada golpe. He servido ya en muchísimos barcos. Y dijo veinte nombres uno detrás de otro como si fuesen una sola palabra. A Karl le daba vueltas la cabeza. Siempre me he distinguido en mi trabajo, me han alabado mucho, mi trabajo ha sido del gusto de todos los capitanes, incluso pasé varios años en el mismo velero —se puso de pie como si fuese el momento álgido de su existencia—. Y aquí en este cacharro en el que todo está medido con regla y no se necesita ingenio alguno no valgo para nada, no soy más que un estorbo para Schubal, un holgazán, merezco que me echen y recibo mi sueldo sólo por compasión. «¿Puede entenderlo usted?, porque yo no». «Pero no consienta eso», dijo Karl agitado. Casi había perdido la sensación de estar sobre el suelo inseguro de un barco en la costa de un continente desconocido; en la cama del fogonero se sentía como en casa. «¿No ha ido a ver al capitán?, ¿no ha hecho valer sus derechos delante de él?». «Ah, váyase, váyase mejor, no quiero tenerle más aquí. No escucha lo que digo, pero sí me da consejos. ¡Cómo voy a ir a ver al capitán!». El fogonero volvió a sentarse hundiendo el rostro entre sus manos. No se me ocurre un consejo mejor, dijo Karl para sus adentros, y pensó que debería haber ido a recoger su maleta en vez de quedarse allí dando consejos y que encima los tuvieran por inútiles. Cuando su padre le había hecho entrega de la maleta para que se la quedase, le había preguntado de broma: «¿Cuánto te durará?». Y quizá ahora aquella maleta tan cara estaba de verdad perdida. El único consuelo que le quedaba era que su padre no podría enterarse de lo más mínimo de su situación actual, incluso aunque investigase. La compañía naval sólo podría informar a lo sumo de su llegada a Nueva York. En cambio, lo que sí lamentaba Karl era que apenas había podido usar las cosas de la maleta, y eso a pesar de que, por ejemplo, hacía tiempo que necesitaba cambiarse de camisa. Sin duda había economizado justo en lo que menos debía; ahora que al comienzo de su carrera era tan conveniente presentarse bien vestido, sin embargo tendría que aparecer con una camisa sucia. Desde luego las perspectivas habían sido demasiado optimistas. Porque de lo contrario la pérdida de la maleta no habría sido tan grave. De hecho, el traje que llevaba puesto era incluso mejor que el de la maleta, en realidad un traje de emergencia que su madre había tenido que remendar poco antes de salir. En ese momento se acordó de que en la maleta iba también un pedazo de salami de Verona, un regalo que le había empaquetado también su madre y del que sólo había podido probar una mínima parte, porque durante el viaje no había tenido apetito y le había bastado con la sopa que distribuían en la entrecubierta del barco. En cambio en este momento habría querido tener a mano el salami para poder obsequiar al fogonero. Porque es fácil ganarse a ese tipo de gente dejando caer alguna pequeñez del estilo, eso era algo que Karl sabía por su padre, quien sabía ganarse a los empleados de menor rango del negocio repartiéndoles cigarrillos. Pero ahora Karl no tenía para regalar más que el dinero y, habiendo perdido la maleta, por el momento no quería tocarlo. Así que sus pensamientos volvían una y otra vez a la maleta. Y es que se preguntaba por qué razón la había vigilado con tanta atención durante el viaje para luego dejar que se la llevaran tan fácilmente. Se acordó de las cinco noches de travesía durante las cuales había sospechado todo el tiempo de un

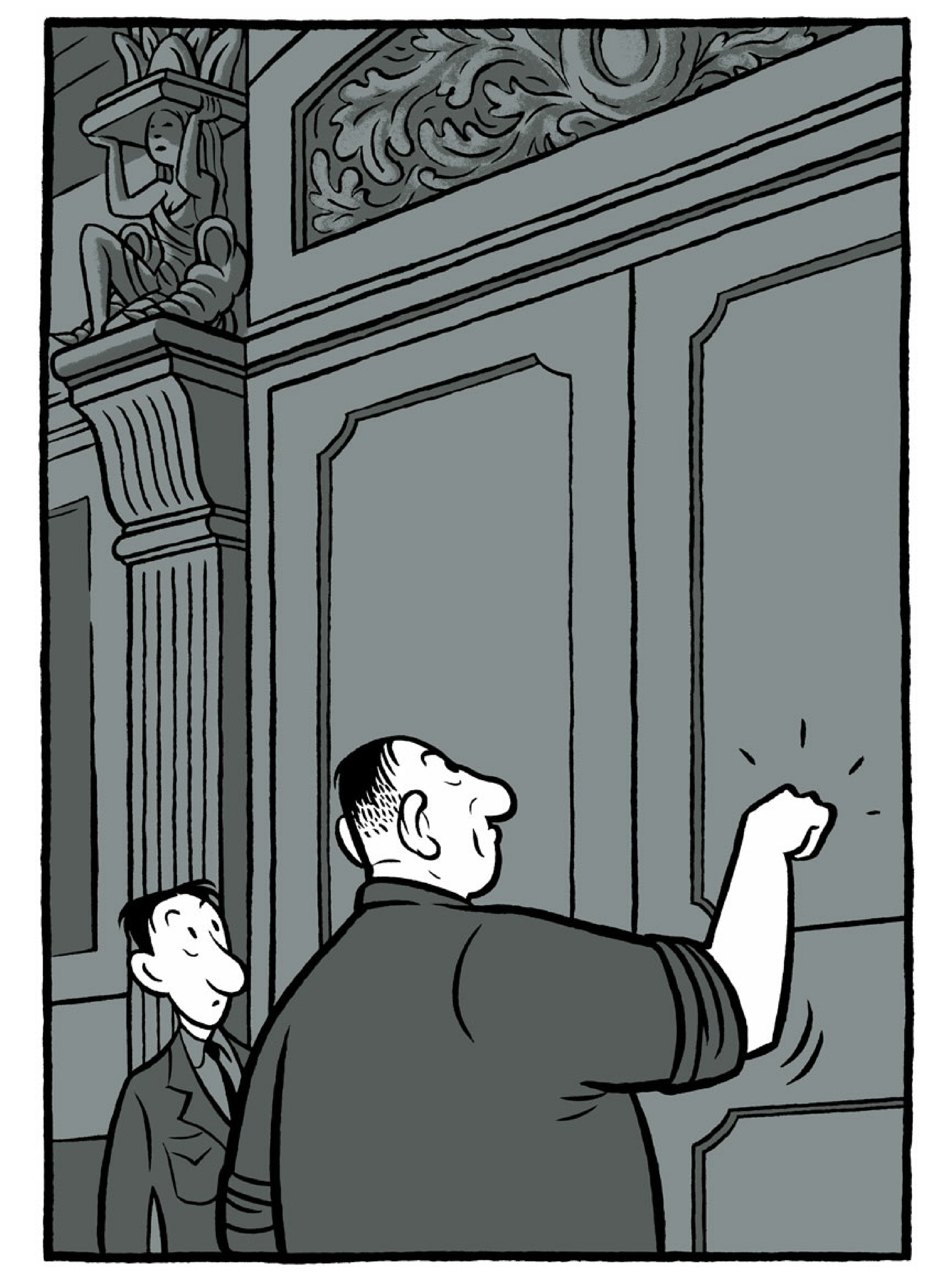
pequeño eslovaco que dormía a su izquierda y que, según creía, le tenía echado el ojo a su maleta. Había bastado que Karl, vencido por el cansancio, se adormeciera por un momento para que el eslovaco tirase hacia sí de la maleta con ayuda de un bastón largo con el que de día jugueteaba y practicaba. Porque aunque el eslovaco era más inofensivo de día, en cuanto llegaba la noche comenzaba a incorporarse en la cama a cada momento mirando con tristeza en dirección a la maleta de Karl. El propio Karl había podido verlo, porque siempre había alguien que, con la inquietud propia del emigrante, tenía encendida aquí y allá alguna lucecita, a pesar de estar prohibido en las normas de a bordo, e intentaba descifrar los folletos incomprensibles de las agencias de inmigración. Si se daba el caso de que una de aquellas luces estaba cerca, entonces Karl podía dormitar un poco, pero si estaba lejos o no había ninguna luz, tenía que mantener los ojos abiertos. Aquella tensión lo había acabado agotando y, además, al final había sido totalmente en vano. Ah, aquel Butterbaum, si alguna vez fuese capaz de encontrarlo donde fuese…



En aquel instante comenzaron a sonar viniendo de muy lejos unos golpes breves y ligeros como de pies de niños que entraron en el silencio absoluto reinante y se fueron acercando y haciendo más fuertes cada vez, hasta que acabaron convirtiéndose en una serena marcha de hombres. Al parecer, y como es natural tratándose de un pasillo, iban en fila y, aparte, se escuchaba un tintineo como de armas. Karl, que estaba a punto de estirarse en la cama y descabezar un sueño liberado ya de preocupaciones en torno a eslovacos y maletas, se asustó y golpeó al fogonero para avisarlo de que la cabeza de la fila ya había alcanzado la puerta. «Es la orquesta del barco», dijo el fogonero. «Han tocado en la cubierta y ahora van a hacer su equipaje. Ahora sí, todo está listo, vamos», agarró a Karl de la mano y en el último momento cogió una estampa de la Virgen que colgaba de la pared sobre la cama, se la metió en el bolsillo de la chaqueta y se apresuró a abandonar la cabina al lado de Karl.

«Ahora voy a ir a la oficina y les voy a decir a esos señores lo que pienso. Ya no hay nadie y no hace falta andarse con miramientos». El fogonero repitió aquello mismo de diferentes maneras. Ya de camino se escoró a un lado dando un paso largo para pisar una rata que se les había cruzado, pero lo único que logró es que desapareciera más aprisa por el agujero. El fogonero era un hombre algo lento de movimientos y aunque sus piernas fuesen largas también eran demasiado pesadas.

Atravesaron un par de compartimentos pertenecientes a las cocinas en donde algunas mujeres con delantales manchados —parecía que se tiraban agua— estaban lavando platos dentro de tinas muy grandes. El fogonero llamó a una tal Line, la cogió del talle y así anduvo con ella un trecho mientras ella se le apretaba coquetamente contra el brazo. «Van a pagarnos ahora, ¿quieres venir?», preguntó él. «Para qué molestarse. Mejor tráeme tú el dinero», respondió ella. Luego se escurrió bajo el brazo y se fue corriendo. «¿Dónde has pescado a ese muchacho tan guapo?», preguntó sin esperar respuesta. En ese momento se escuchó la risa de todas las muchachas que, entretanto, habían interrumpido su trabajo.



Pero ellos continuaron y llegaron hasta una puerta que tenía arriba un pequeño frontispicio sostenido por pequeñas cariátides de oro. El conjunto guardaba una apariencia demasiado lujosa como para tratarse de un barco. Karl se percató de que no había pisado aquella zona durante todo el viaje, seguramente porque estaría reservada a los pasajeros de primera y segunda clase, sin embargo ahora habían abierto las puertas para la limpieza general. De hecho, por el camino se habían cruzado con varios hombres que llevaban escobas al hombro y que habían saludado al fogonero. A Karl le sorprendió toda aquella actividad de la que apenas si había tenido noticia en la entrecubierta. A lo largo de los pasillos colgaban los cables de las conducciones eléctricas y todo el rato se oía el repicar de una campanilla.

El fogonero llamó respetuosamente a la puerta y cuando del otro lado se escuchó un «adelante», movió la mano e invitó a Karl a entrar sin miedo con un movimiento. Y, en efecto, éste entró, pero prefirió quedarse junto a la puerta. Por las tres grandes ventanas pudo ver las olas y, al contemplar su alegre movimiento, el corazón le latió como si a lo largo de aquellos cinco días no le hubieran dejado en todo el tiempo ver el mar sin interrupciones: grandes barcos cruzaban su rumbo unos con otros cediendo al golpe de las olas cada uno según su magnitud; de hecho, si uno entrecerraba los ojos un poco, parecía que aquellos barcos se balanceaban sin agua y sólo a causa de su peso. De sus mástiles colgaban banderas pequeñas y alargadas que, aunque castigadas por toda la travesía, aún se agitaban de acá para allá. También se oían salvas que provenían probablemente de barcos de guerra. Uno de ellos pasaba no muy lejos y los tubos de sus cañones, vestidos de metal, se vieron como acariciados por el reflejo de la marcha segura, suave y no del todo horizontal del barco. Lo que no podía verse desde la puerta eran las barcas pequeñas y los botes, que se atisbaban sólo en la lejanía, colándose en los huecos que se abrían entre los grandes barcos. Y detrás de todo aquello estaba Nueva York, mirando a Karl con las cien mil ventanas de sus rascacielos. Sí, en aquel cuarto uno sí sabía dónde estaba.

Tres señores estaban sentados a una mesa redonda; uno de ellos era el oficial del barco y llevaba un uniforme de la Marina color azul. Los otros dos eran encargados de la autoridad portuaria y llevaban uniformes negros americanos. Sobre la mesa se apilaban varios documentos en los que el oficial, pluma en mano, depositaba la mirada antes de pasárselos a los otros, que, bien los leían, bien los extractaban y archivaban en sus portafolios. Si es que no ocurría que uno de ellos, que producía un ruidito constante con los dientes, le dictara algo a su colega para que lo anotase en un acta.

Junto a la ventana, sentado a un escritorio y dando la espalda a la puerta, estaba un señor más pequeño, ocupado con unos voluminosos archivadores que se alineaban en un recio estante a la altura de la cabeza. A su lado había una caja de caudales abierta y, al menos a primera vista, vacía.

La segunda ventana no tenía a nadie y proporcionaba las mejores vistas. Al lado de la tercera, en cambio, dos hombres conversaban a media voz. Uno de ellos, que también llevaba el uniforme de la Marina, se apoyaba en la ventana y jugueteaba con la empuñadura del sable. El otro se encontraba vuelto hacia la ventana y, al moverse, dejaba a la vista una parte de las condecoraciones que su interlocutor llevaba en el pecho. Este último iba de paisano y tenía un bastoncito fino de bambú que, al descansar el hombre las manos en las caderas, se separaba también un poco del cuerpo igual que una espada.

Karl no tuvo mucho tiempo para mirarlo todo, porque pronto llegó un ujier y le preguntó al fogonero en voz baja qué deseaba haciendo un gesto con el que parecía decir que aquél no era el lugar. El fogonero respondió también en voz baja y dijo que deseaba hablar con el cajero mayor. Pero el ujier rehusó por cuenta propia aquella demanda agitando la mano. Aun así, y dando un gran rodeo para evitar la mesa redonda, se dirigió de puntillas hasta el hombre de los archivadores. Éste —pudo verse claramente— se quedó petrificado con las palabras del ujier, aunque finalmente se volvió y, con gesto de rechazo, agitó severamente las manos mirando hacia el fogonero y, para asegurarse, también hacia el ujier. Así que éste volvió a donde el fogonero estaba y en un tono confidencial le dijo: «¡Lárguese inmediatamente de esta sala!».

Después de aquella respuesta el fogonero bajó la mirada hacia Karl como si éste fuera el corazón al que confiar en silencio sus penas. Sin pensarlo un instante más, Karl se arrancó y cruzó la sala rozando incluso el sillón del oficial. El ujier echó a correr a su encuentro, iba agachado y llevaba los brazos abiertos como si estuviera cazando bichos. Pero Karl alcanzó primero la mesa del cajero mayor y se aferró a ella para evitar que el ujier intentara tirarlo al suelo.

Por supuesto, la habitación entera se animó de repente. El oficial que estaba sentado a la mesa se puso en pie de un salto, los encargados de la autoridad portuaria miraron tranquilos pero atentos, los hombres de la ventana se aproximaron caminando al mismo paso y sólo el ujier se apartó, convencido de que su terreno acababa allí donde empezaban a interesarse los de mayor rango. El fogonero esperaba al lado de la puerta el instante en que se necesitase su ayuda. Finalmente, el cajero mayor se giró decididamente hacia la derecha en su butaca.



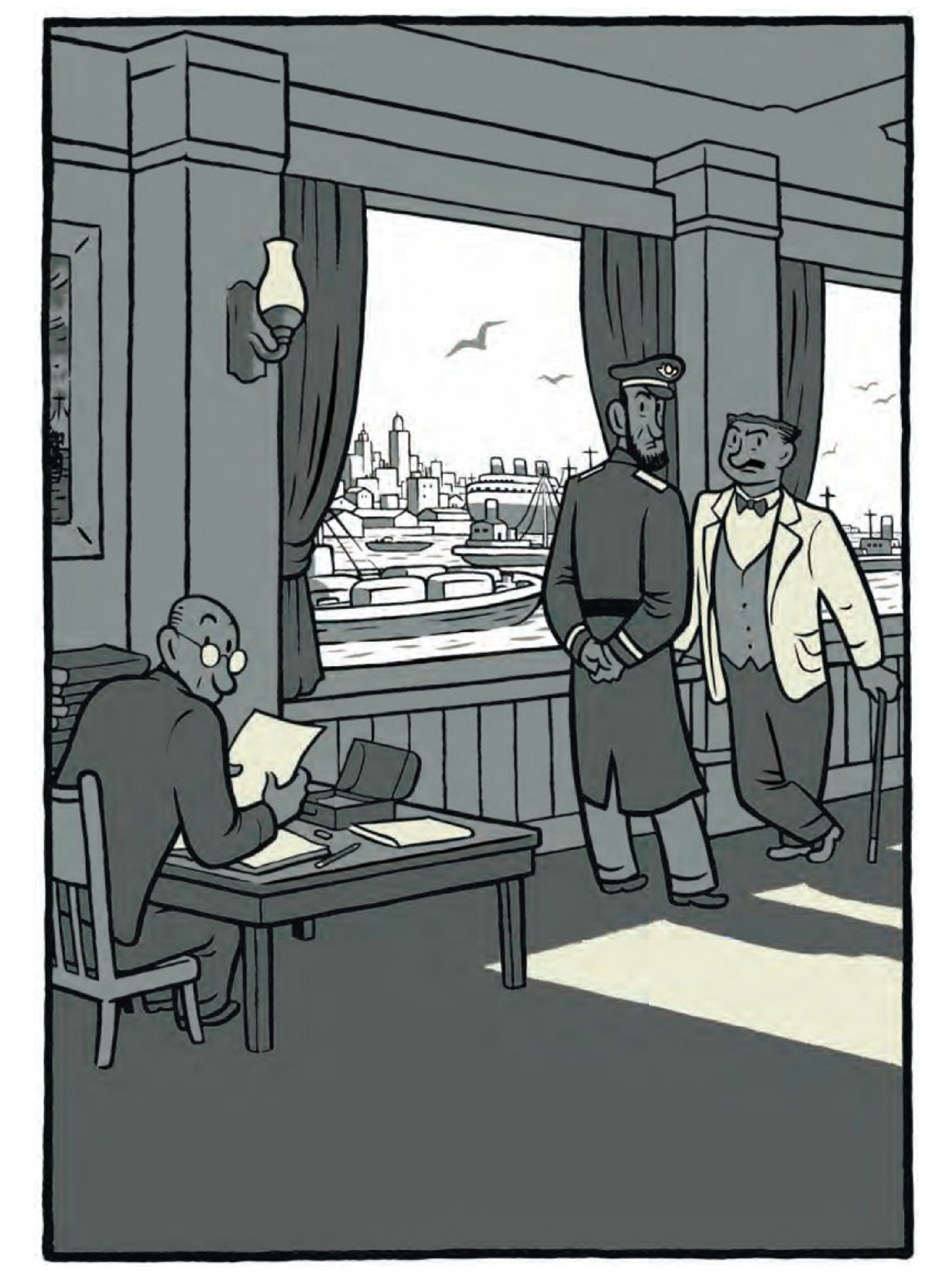
Acto seguido, Karl se hurgó en el bolsillo secreto sin preocuparse de ocultarlo a la vista de toda aquella gente, sacó su pasaporte y lo dejó abierto sobre la mesa para ahorrarse más presentaciones. El cajero mayor no mostró demasiado interés por aquel pasaporte y, haciendo algo como un chasquido, lo apartó con la punta de los dedos. Así que Karl volvió a guardarlo como si con ello ya se hubiera satisfecho la formalidad. «Me permito afirmar», comenzó a decir, «que en mi opinión se ha cometido una injusticia con el señor fogonero. Hay aquí un cierto señor Schubal que no para de molestarlo. Él mismo relata haber prestado un excelente servicio en muchas embarcaciones cuyo nombre es capaz de enumerar, es diligente, es feliz con su trabajo y por ello resulta incomprensible que en este barco, en el que además la tarea no es especialmente difícil, como sí lo sería por ejemplo en un velero, no pueda cumplir con ella adecuadamente. Por tanto no puede tratarse más que de una calumnia que obstaculiza su carrera y lo priva de un reconocimiento que de otro modo no le faltaría. He referido solamente los términos generales, ya que las reivindicaciones más específicas ha de presentárselas a ustedes él mismo». Karl había dirigido su intervención a todos los señores, porque de hecho todos ellos lo estaban escuchando y porque parecía mucho más probable dar con un hombre justo entre todos ellos que esperar que el único justo fuera precisamente el mismo cajero mayor. Con astucia, Karl había pasado por alto el que hiciera poco tiempo que conocía al fogonero. Por lo demás, podía haber hablado mucho mejor si no le hubiese afectado la turbación que expresaba el rostro del señor con el bastoncito de bambú, a quien había podido ver por vez primera desde su actual posición.

«Es cierto todo, palabra por palabra», dijo el fogonero antes de que nadie le preguntase e incluso de que nadie lo mirara. Y esa precipitación del fogonero habría supuesto un grave error si el hombre de las condecoraciones, que como Karl adivinó no podía ser más que el capitán del barco, no hubiera estado determinado ya a escuchar al fogonero. De hecho, le alargó la mano y lo llamó con una voz tan firme como un golpe de martillo: «¡Venga usted aquí!». Ahora todo iba a depender de la actuación del fogonero, porque de la justicia de su causa Karl no dudaba en absoluto.

Afortunadamente, en esta ocasión sí pudo comprobarse que el fogonero había visto mucho mundo. Con ejemplar tranquilidad sacó pronto de su pequeña maleta un fajo de documentos y un cuaderno y, como dándolo por sobreentendido, se dirigió al capitán ignorando por completo al cajero mayor mientras disponía sus papeles en el poyete de la ventana. Al cajero mayor no le quedó otra que hacer el esfuerzo y acercarse él mismo. «Todo el mundo sabe que este hombre es un pleiteador, se pasa más tiempo en la caja que en la sala de máquinas. Ha hecho desesperar al mismo Schubal, que es el hombre más tranquilo del mundo. ¡Pero escúcheme!», dijo volviéndose al fogonero, «¡esta vez su impertinencia ha llegado demasiado lejos! Cuántas veces ha habido que echarlo de las salas de pago, tal y como merecían sus reclamaciones total y completamente injustificadas…, cuántas veces ha venido corriendo desde allí hasta la caja principal, cuán a menudo hemos tenido que explicarle de la mejor manera que su superior es Schubal y que es con él con quien debe usted entendérselas como todo buen subordinado. Y ahora viene incluso aquí aprovechando la presencia del capitán, y no sólo no se avergüenza de molestarle, sino que se atreve a traer como portavoz de sus disparates y acusaciones a este muchacho que es nuevo en el barco y a quien por lo visto le ha enseñado bien la lección».

Karl se contuvo con todas sus fuerzas para no saltarle encima. Pero ya estaba allí el capitán, que dijo:

«Oigamos lo que este hombre tiene que decir. Además hace ya un tiempo que Schubal viene actuando con demasiada independencia. Aunque con ello no he querido decir nada a su favor». Aquellas últimas palabras estaban dirigidas al fogonero. Estaba claro que no podía interceder por él inmediatamente, pero al menos el asunto parecía bien encarrilado. El fogonero comenzó a argumentar, teniendo que superar al principio sus reservas a dirigirse a Schubal en calidad de señor. Qué alegría para Karl, que se había quedado junto al escritorio abandonado del cajero mayor y se entretenía accionando por gusto la bandeja de un peso de correos. El señor Schubal es injusto. El señor Schubal prefiere a los extranjeros. El señor Schubal había echado al fogonero de la sala de máquinas y lo había puesto a limpiar retretes, cosa que desde luego no es tarea para un fogonero. En una ocasión el fogonero llegó a poner en duda hasta la propia eficiencia laboral del señor Schubal, que según él era más aparente que real. En este punto Karl fijó en el capitán una mirada decidida aunque confiada, como si fueran dos colegas, todo para que no se dejara influir por la expresión torpe del fogonero ni la fuera a usar en su contra. Y es que de sus muchas frases no se desprendía apenas nada en concreto y, aunque el capitán continuaba mirando adelante y en sus ojos pudiera leerse la determinación de escuchar al fogonero hasta el final, en cambio los otros señores comenzaron a impacientarse hasta que finalmente la voz del fogonero dejó de reinar sobre la atmósfera del cuarto dando paso así al temor. En primer lugar, fue el señor vestido de paisano el que puso en marcha su bastoncito de bambú y comenzó a dar golpes suaves en el entarimado de madera; los otros señores miraban alrededor de acá para allá; los encargados de la autoridad portuaria, que evidentemente tenían prisa, tomaron de nuevo sus actas y comenzaron a examinarlas distraídamente; el oficial del barco volvió a acercar la silla a la mesa y, por fin, el cajero mayor, que creía tener ya ganada la partida, dio un gran suspiro irónico. El único que parecía escapar a la distracción general era el ujier, él sí compartía en parte el dolor de aquel pobre hombre sometido a los poderosos. Por eso miraba a Karl y asentía gravemente con la cabeza, como queriendo darle una explicación.



Mientras tanto, tras la ventana, la vida del puerto seguía su curso: una embarcación plana y cargada con una montaña de bidones apilados milagrosamente para evitar que rodaran con las olas pasó delante y dejó el cuarto casi completamente a oscuras; pequeños botes a motor que Karl habría mirado de tener tiempo zumbaban en línea recta obedeciendo a los volantazos de un hombre erguido junto al timón. También flotaban en el mar algunas boyas que tan pronto emergían del agua como volvían a cubrirse para hundirse de nuevo ante la mirada perpleja. Por último estaban los botes de los trasatlánticos, conducidos por marineros que remaban con ímpetu y abarrotados de pasajeros que se sentaban quietos y expectantes en el mismo lugar en que los habían colocado, si bien algunos de ellos no podían evitar volver la cabeza ante la escenografía cambiante, el movimiento sin fin, la inquietud que se transmitía a los hombres desamparados y a sus obras.

Todo invitaba a la acción, a la claridad, a la expresión precisa. Y en cambio el fogonero qué hacía: hablaba y hablaba cubierto de sudor y sus manos temblorosas no podían sujetar los papeles que había dispuesto frente a la ventana. De cada punto cardinal se precipitaba una nueva razón para seguir quejándose y, en su opinión, cualquiera de ellas habría bastado para enterrar al tal Schubal. Sin embargo, todo lo que acertaba a exponer al capitán era un penoso laberinto hecho de todas sus razones. Entretanto hacía ya un rato que el señor del bastoncito silbaba suavemente mirando al techo, mientras que los encargados de la autoridad portuaria mantenían retenido al ujier junto a la mesa. Sólo la calma del capitán disuadía al rabioso cajero mayor de intervenir e impacientaba al ujier, que esperaba con ansia una orden referida al fogonero.

Ni siquiera Karl se podía estar quieto, y decidió aproximarse lentamente al grupo mientras su cabeza carburaba a toda prisa para saber cómo actuar. Era urgente, un segundo más y los dos podían salir volando fuera de la oficina. El capitán debía de ser un buen hombre, pensó Karl, y además debía de tener un motivo especial para mostrarse como un jefe ecuánime, pero tampoco era un juguete que se pudiera tratar al antojo de cada cual, que era como el indignado fogonero lo estaba tratando.

Por eso Karl le dijo: «Tiene que hablar usted de una forma más simple y clara, el capitán no puede juzgar nada tal y como lo cuenta, ¿cree que puede saberse de memoria el nombre y apellidos de todos los maquinistas y ordenanzas que refiere a cada momento? Ordene sus reivindicaciones, diga primero las más importantes y, a continuación, por orden, las otras. Quizás además entonces no sea preciso mencionar la mayor parte. ¡A mí siempre me lo expuso con tanta claridad!…». Si en América se pueden robar maletas, también podrá mentirse de vez en cuando, pensó para excusarse.

Si al menos hubiera servido para algo… ¿pero no era demasiado tarde? Porque aunque el fogonero se interrumpió al oír aquella voz familiar, sus ojos llenos de lágrimas por el herido honor varonil, por los malos recuerdos y por la gravedad del momento presente no acertaban siquiera a reconocer a Karl. De hecho era imposible, y Karl lo comprendió calladamente al mirar a aquel hombre ahora también callado: cómo cambiar de un momento para otro la manera de hablar si además uno tiene la certeza de haber dicho lo que tenía que decir, y todo sin obtener reconocimiento alguno. Para colmo el fogonero creía que no había hecho más que comenzar. Pero lo que no podía pretender es que los señores lo escucharan otra vez desde el principio. Y en un momento así llega Karl, su único partidario, que, queriéndole dar buenos consejos, lo único que consigue es evidenciar

que está todo, todo perdido.

Si en vez de mirar por la ventana hubiera venido antes…, se dijo Karl bajando la mirada delante del fogonero y golpeándose los lados de las piernas por la costura del pantalón como con gesto de desaliento.

Pero el fogonero no lo comprendió y encima imaginó que Karl trataba de reprocharle algo, así que, con la sana intención de aclararlo y para coronar su actuación, comenzó a discutir con Karl. Mientras tanto, los señores de la mesa redonda mostraban su indignación por el inútil alboroto que alteraba sus importantes quehaceres; el cajero mayor encontraba cada vez menos comprensible la paciencia del capitán y se disponía ya a intervenir; el ujier, perfectamente integrado otra vez entre sus señores, fijaba una mirada furibunda en el fogonero y, por fin, el señor con el bastoncito de bambú, con el que el capitán había cruzado alguna mirada amistosa, harto ya de escuchar al fogonero, sacó un pequeño cuaderno de notas y, ocupado en otras tareas, dejó vagar la vista entre las páginas y también por el rostro de Karl.

«Lo sé, si yo lo sé», dijo Karl, que se esforzaba por apaciguar el torrente de palabras del fogonero y que, a pesar de la discusión, aún guardaba para él una sonrisa amistosa. «Amigo, yo sé que tiene usted razón, mucha razón, nunca lo he dudado». Y por miedo a los golpes habría querido sujetarle las manos, que tanto se movían arriba y abajo, o, mejor aún, llevarlo a una esquina y susurrarle un par de palabras tranquilizadoras que no pudiera oír nadie más. Pero el fogonero estaba totalmente fuera de sí. Karl llegó a consolarse pensando que, en un caso extremo, el fogonero podría reducir a los siete señores allí presentes con la fuerza que da la desesperación. Y, en última instancia, encima de la mesa del escritorio se dejaba ver un tablero con los infinitos botones de la corriente eléctrica, de manera que una sola mano puesta allí podría bastar para poner en pie a todo un barco con sus pasillos llenos de gente hostil.



De repente, el señor del bastoncito de bambú, que hasta el momento había mostrado tan poco interés, se aproximó a Karl y, con voz no muy alta pero suficientemente clara pese al griterío del fogonero, preguntó: «¿Pero usted cómo se llama?». En ese instante, como si hubiera estado esperando una señal detrás de la puerta, alguien llamó. El ujier miró al capitán y este último asintió. Luego acudió a la puerta y la abrió. Fuera esperaba un hombre de estatura mediana con una vieja levita imperial, su aspecto no parecía el de un operario de máquinas. Era Schubal. Si Karl no hubiese podido leer la satisfacción en los ojos de todos los presentes, incluido el capitán, entonces, en cualquier caso, lo habría podido averiguar, para su horror, al ver cómo el fogonero tensaba los brazos y apretaba los puños, como si aquellos puños apretados fueran lo único que le importase en la vida y estuviera dispuesto a sacrificarlo todo por su culpa. Y es que, en efecto, en ellos residía toda su fuerza, incluida aquella que lo mantenía en pie.

Y ahora su enemigo estaba allí delante, feliz y a sus anchas, con un traje de fiesta y un registro bajo el brazo, probablemente la lista con los salarios y registros laborales del fogonero, mirando a todos los presentes sin disimulo para comprobar el ánimo de cada uno. Además, los siete eran amigos suyos y, aun cuando el capitán hubiera expresado anteriormente alguna objeción respecto a él o más bien, quizás, hubiera fingido tenerla, ahora, después de las molestias que el fogonero le había causado, muy probablemente no tendría ya lo más mínimo que decir en su contra. E incluso en el mejor de los casos, si tuviera lugar un interrogatorio, ¿estaría aún el fogonero en condiciones de hablar y de responder sí o no? Allí estaba, con las piernas separadas, las rodillas ligeramente dobladas, la cabeza un poco levantada y el aire entrando y saliendo de su boca abierta igual que si no tuviera pulmones para respirar. Pues con un hombre como el fogonero nunca se es lo suficientemente severo y, si acaso algo había que reprocharle a Schubal, era el no haber puesto coto a su obstinación, para que no llegara nunca a atreverse a aparecer delante del capitán tal y como acababa de hacer.

Quizás aún era de esperar el efecto que pudiera tener en la disputa el hecho de producirse delante de un público; en eso aquella reunión no era desigual, pues aunque Schubal supiese bien cómo actuar, quizás no iba a poder llegar hasta el final sin cometer un solo fallo. Un leve atisbo de su ruindad habría bastado para evidenciarla a los ojos de los señores, de eso ya se encargaría Karl. No en vano ya conocía las destrezas, las cualidades y las veleidades de cada uno de ellos. En este sentido el tiempo transcurrido en aquella sala no había sido en vano. Si por lo menos el fogonero estuviese bien plantado en su puesto, pero la verdad es que parecía completamente incapaz de luchar. Si hubieran dejado en sus manos a ese Schubal, habría sido capaz de abrir con sus puños aquel cráneo odioso igual que un cascarón. Pero seguramente no era capaz de dar siquiera los pasos que los separaban. ¿Cómo es que Karl no había previsto aquello tan fácil de prever: que Schubal podía venir por propia iniciativa o porque el capitán lo ordenase? ¿Por qué no había discutido por el camino un plan de guerra concreto en vez de entrar sin ningún preparativo?

Aun así Karl se sentía tan fuerte y con la mente tan clara como acaso nunca lo había estado en casa. Si sus padres hubieran podido verlo defendiendo el bien en una tierra ajena y delante de personas importantes… Y aunque aún no hubiera logrado la victoria, allí estaba, dispuesto para la victoria final. Pero si lo hubieran visto, ¿habrían cambiado de opinión sobre él, se habrían sentado a su lado elogiándolo? ¿Una vez, al menos una vez en la vida, lo mirarían a los ojos y verían en ellos

la devoción que les tenía? ¡Cuántas preguntas tan inciertas y qué mal momento para hacérselas!

«He venido porque, según creo, el fogonero me acusa de no sé qué fraudulencia. Una muchacha de las cocinas me ha dicho que lo ha visto dirigiéndose hacia aquí. Señor capitán y señores míos todos, estoy dispuesto a refutar todas las acusaciones en base a la documentación de que dispongo, así como a los testigos imparciales e ininfluenciables que aguardan a declarar detrás de la puerta». Ésas fueron las palabras de Schubal, eso sí era un claro discurso humano; de hecho, a juzgar por el cambio que tuvo lugar en los semblantes del auditorio, se habría dicho que era la primera vez después de mucho tiempo que escuchaban una voz humana. Bien es cierto que aquel bello discurso también tenía sus lagunas, pero no parecían haberlo notado. ¿Por qué, por ejemplo, la primera palabra técnica que se le había ocurrido había sido «fraudulencia»? ¿Es que acaso era mejor comenzar por esa acusación en lugar de referirse a los prejuicios nacionalistas del fogonero? ¿Por el camino se había encontrado con una muchacha de las cocinas y eso ya le había bastado a Schubal para entender el resto? ¿No era más bien la culpabilidad lo que había aguzado su ingenio? ¿Había venido directamente con los testigos y aun así decía que eran imparciales e ininfluenciables? Era una trampa, nada más que una trampa, ¿y sin embargo aquellos señores lo admitían como si fuese un comportamiento justo? ¿Por qué había dejado que transcurriera el tiempo entre el aviso de la cocinera y su entrada en la sala? ¿No era quizás para que el fogonero fatigara a los señores hasta tal punto que perdieran la claridad de juicio, que era lo que más atemorizaba a Schubal? ¿No había esperado todo el rato detrás de la puerta para llamar justo en el momento en que, por culpa de aquella pregunta insignificante del señor, el fogonero estuviese perdido?

Era todo evidente y el mismo Schubal sin quererlo lo había mostrado tal cual, sólo que a los señores era preciso decírselo de un modo aún más comprensible. Necesitaban que algo los removiese. ¡Vamos, Karl, apresúrate, emplea el menor tiempo posible antes de que los testigos lleguen y lo inunden todo!

Sólo que en ese momento el capitán le hizo a Schubal un gesto de aprobación y éste, comprendiendo que su asunto parecía tener que retrasarse un poco, se hizo a un lado junto al ujier, con el que acababa de confabularse: los dos comenzaron a conversar en voz baja, lanzando miradas de lado hacia Karl y hacia el fogonero y agitando con convicción las manos. Schubal parecía estar preparando su próximo gran parlamento.

«Señor Jakob, ¿no quería preguntarle algo al joven?», dijo el capitán en medio del silencio general al hombre del bastoncito de bambú.



«En efecto», respondió éste, agradeciendo la atención con una ligera inclinación. Y de nuevo le preguntó a Karl: «¿Usted cómo se llama?».

Karl pensó que en beneficio de la cuestión general lo mejor era acabar cuanto antes con la insistencia de aquel curioso, así que esta vez optó por no sacarse el pasaporte como era su costumbre, sino que directamente respondió: «Karl Roßmann».

«Pero entonces…», dijo el tal señor Jakob dando un paso adelante con una sonrisa de incredulidad. Y el mismo capitán, el cajero mayor, el oficial del barco y hasta el ujier se sorprendieron mucho al oír el nombre de Karl. Solamente los encargados de la autoridad portuaria y Schubal permanecieron indiferentes.

«Pero entonces», repitió el señor Jakob acercándose a Karl con cierta rigidez, «entonces yo soy tu tío Jakob y tú eres mi querido sobrino. Lo he sospechado desde el primer momento», añadió volviéndose al capitán antes de abrazar y besar a Karl, que parecía sólo un espectador de todo aquello.

Y cuando Karl se hubo librado, fue él quien preguntó: «¿Y usted? ¿Cómo se llama?». Lo hizo cortésmente, pero también con total frialdad y calibrando las consecuencias que aquel nuevo incidente podía tener para el fogonero. Por el momento, al menos, nada indicaba que Schubal pudiera beneficiarse de él.

«Muchacho, sea consciente de la suerte que tiene», dijo el capitán temiendo que la pregunta hubiese podido menoscabar la dignidad del señor Jakob, que se enjugaba la cara dándose golpecitos con un pañuelo y asomándose a la ventana para evitar que los otros vieran su agitación. «El que se ha dado a conocer como su tío es el senador Edward Jakob. Contra toda expectativa le aguarda a usted una brillante carrera, vaya tomando conciencia de ello lo mejor que pueda ahora mismo y no se altere».

«Es cierto que tengo un tío Jakob en América, pero, si he comprendido bien, Jakob es el apellido del señor senador».

«Así es», respondió expectante el capitán.

«Bueno, pues mi tío Jakob, hermano de mi madre, es Jakob de nombre de pila, pero se apellida igual que mi madre, que de soltera era Bendelmayer».

«¡Señores!», exclamó el senador, que, calmado ya, abandonaba su estación de reposo frente a la ventana. Todos, con excepción de los encargados de la autoridad portuaria, rompieron en una carcajada, algunos de ellos realmente conmovidos, otros en cambio inconmovibles.

Tanta gracia no puede tener lo que he dicho, pensó Karl.

«¡Señores!», repitió el senador, «asisten ustedes contra su voluntad y la mía propia a una pequeña escena de familia, así que me veo en el deber de darles una explicación, pues creo que sólo el señor capitán (y a esta mención se siguió un intercambio de reverencias) está bien informado al respecto».

Ahora sí que tengo que prestar atención, se dijo Karl comprobando con satisfacción al mirar a un lado que la vida volvía a habitar la figura del fogonero.

«Todos estos largos años de mi estancia en América —y la palabra estancia no hace justicia a un ciudadano americano que como yo lo es con toda su alma—, pues bien, todos estos largos años he vivido sin contacto alguno con mis familiares europeos por razones que primero no vienen aquí al

caso y segundo serían muy penosas de contar para mí. No en vano, espero con temor el momento en que me vea obligado a relatárselas a mi querido sobrino, ya que por desgracia será imposible evitar una referencia explícita a sus padres y allegados».

Es mi tío, no hay duda, se dijo Karl, que estaba muy atento a la explicación. «Seguramente ha tenido que cambiarse de nombre».

«Mi querido sobrino se ha visto sencillamente —sí, diré la palabra porque es la que de verdad describe los hechos— expulsado de casa por sus propios padres, igual que se echa por la puerta a un gato que molesta. Con ello no pretendo en modo alguno justificar lo que él hizo para merecer tal castigo, justificar no es algo muy propio de América, si bien su culpa es de un calibre tan grande que sólo mencionarla entraña ya suficiente disculpa».

No está nada mal, pensó Karl, aunque tampoco quiero que se lo cuente a todos. Pero además cómo va a saberlo, quién se lo va a haber contado. Aunque veremos, tal vez sí, tal vez lo sabe todo.

«El hecho es que se vio», continuó diciendo el tío mientras se inclinaba ligeramente y se apoyaba en el bastón, logrando con ello restar al asunto una parte de su solemnidad, «se vio seducido por una criada, una persona de treinta y cinco años, Johanna Brunner. No quisiera ofender a mi sobrino con la palabra seducido, pero es realmente difícil encontrar otra palabra igual de adecuada».

Karl, que se había acercado adonde estaba su tío, se volvió para ver la impresión que estaba causando la historia en los rostros de los presentes. Ninguno se reía, todos escuchaban con mucha atención y seriedad. Al fin y al cabo no es lo común reírse del sobrino de un senador a la primera que se presenta. En todo caso podía decirse que era precisamente el fogonero el que miraba a Karl sonriéndose un poco, lo cual por un lado era sólo señal de que recobraba la vida y por el otro no dejaba de ser perdonable. Después de todo, cuando estaban en su cabina, Karl había tratado de mantener en secreto algo que ahora era completamente público.

«Pues bien, la tal Brunner», continuó diciendo el tío, «tuvo un hijo con mi sobrino, un joven sano y fuerte que fue bautizado con el nombre de Jakob, sin duda en honor a mi humilde persona, de quien mi sobrino debió de hacer alguna mención que, aunque no dudo que fuera ocasional, causaría una gran impresión en la muchacha. Afortunadamente, digo yo. Más tarde, con tal de evitar que el escándalo les alcanzase y para no hacerse cargo de los gastos de manutención del niño, los padres —y debo decir que no conozco las leyes del país en cuestión ni las circunstancias de los padres para cualquier otro respecto y que todo lo que sé es debido a dos cartas de petición que conservo de su época de noviazgo, dos cartas a las que no contesté y que constituyen mi único contacto con ellos en todo este tiempo; un contacto unilateral, claro está— para evitar, como he dicho, el escándalo y los gastos de manutención, enviaron a su hijo, esto es, a mi sobrino, a América; además, y, como puede comprobarse, sin equiparlo de un modo adecuado ni suficiente. De modo que si la tal criada no me hubiera contado toda la historia en una carta que recibí anteayer, después de muchos rodeos y en la que se incluía una descripción física de mi sobrino así como la oportuna mención del nombre de su barco, el muchacho entonces habría acabado muy cerca de aquí, maleándose en cualquier callejón del puerto de Nueva York. Si mi propósito fuera entretenerles, podría leerles a los señores algunos pasajes de la carta —y sacó del bolsillo dos enormes pliegos de papel llenos hasta los topes de una escritura muy angosta—. Sin duda no los dejaría indiferentes, ya que está escrita con una bien meditada astucia, aunque también con sencillez y cariño hacia el padre de la criatura; sin embargo,

no quisiera entretenerles más allá de lo que es preciso para aclararles la situación, ni tampoco es mi intención herir los sentimientos de mi sobrino, que puede leer la carta siempre que lo desee en la tranquilidad del cuarto que le está esperando».

Pero Karl no albergaba ningún sentimiento hacia la muchacha. En el espesor de un pasado que veía alejarse cada vez más podía imaginarla sentada en la cocina con el codo apoyado en la tapa de la alacena; ella se quedaba mirándolo cuando iba a la cocina, a por un vaso de agua o a cumplir cualquier encargo de su madre. Algunas veces veía que escribía una carta en esa misma complicada postura junto a la alacena, mientras lo miraba buscando inspiración en su rostro. Otras veces se cubría los ojos con la mano, y entonces no se la podía saludar. Otras estaba dentro del cuartito que tenía al lado de la cocina y se arrodillaba delante de una cruz de modo que al pasar Karl la miraba con timidez por la rendija de la puerta. Otras cerraba la puerta de la cocina cuando Karl entraba y sujetaba el pomo con la mano hasta que él le pedía que lo dejara ir. Otras daba una vuelta por la cocina y cuando Karl se cruzaba en su camino daba un salto dentro del cuarto riéndose como una bruja. Otras era ella quien iba a por algo que él ni siquiera estaba buscando y sin cruzar una palabra se lo ponía en las manos. Pero un día inesperadamente dijo «Karl» y, antes que a él le diera tiempo a salir de su asombro, ya lo había conducido entre muecas y gemidos dentro de su cuartito y había echado la llave. Luego llevó las manos al cuello de él y, casi cortándole la respiración, le pidió que la desnudara, aunque en realidad era ella quien lo estaba desnudando a él y lo tumbaba en su cama, acariciándolo y cuidándolo como si no debiese pertenecerle a nadie más que a ella hasta el fin de los tiempos. «Karl, Karl mío», suspiraba mirándolo como si quisiese asegurarse de que le pertenecía sólo a ella, mientras que él se hundía a ciegas en la incómoda montaña de cálidas mantas que había dispuesto. Acto seguido ella se tumbó a su lado a la espera de que él le confesase algún secreto, pero él no sabía qué decirle y ella se enfadó o fingió enfadarse, lo agitó con sus brazos, se acercó a él para escuchar su corazón y le ofreció su pecho para que hiciese lo mismo. Luego apretó el vientre desnudo contra el de él rebuscando con la mano entre sus piernas de un modo tan repugnante que él se retorció sacando la cabeza y el cuello fuera de las almohadas. Entonces ella empujó con su vientre varias veces como si fuesen el mismo cuerpo. Y ésa fue tal vez la razón por la cual a él le sobrevino aquella terrible sensación de desamparo. Finalmente regresó llorando a su cama después de que ella le insistiese para que volvieran a verse. Eso había sido todo; y a pesar de eso su tío estaba dispuesto a hacer de ello una gran historia. Aunque también la criada se había acordado y había avisado al tío de su llegada. Desde luego había sido un gesto bonito por su parte y algún día éste había de recompensárselo.

«Y ahora», exclamó el senador, «quiero que digas alto y claro si soy o no tu tío».



«Eres mi tío», dijo Karl besándole la mano y recibiendo a cambio otro beso en la frente. «Estoy muy contento de haberte encontrado, pero te equivocas si piensas que mis padres dicen cosas malas de ti. Al margen de eso, en tu narración ha habido un par de errores; quiero decir que no todo fue exactamente como lo has contado. Pero es cierto que desde aquí no puedes juzgar bien las cosas y, por otra parte, no creo que importe mucho que los señores no conozcan cada pormenor de un suceso que no les concierne».

«Bien dicho», dijo el senador conduciendo a Karl junto al capitán, que participaba muy atento en la conversación: «¿No es cierto que tengo un sobrino estupendo?».

«Me hace muy feliz», dijo el capitán con una de esas reverencias que sólo saben ejecutar bien los que han sido educados en el ejército, «me hace muy feliz, señor senador, que haya conocido a su sobrino. Es un honor muy especial para mi barco haber prestado su espacio para un encuentro como este. No obstante, la travesía en tercera clase ha debido de ser muy fatigante, aunque, claro, cómo saber quién viaja y dónde. Una vez, por ejemplo, el hijo menor de un gran magnate húngaro —ahora no recuerdo su nombre ni el motivo de su viaje— vino también en la entrecubierta sin que yo me enterara hasta mucho más tarde. Y es cierto que hacemos lo posible para que el viaje en tercera clase sea más llevadero, mucho más por ejemplo que las compañías americanas, pero ciertamente aún no hemos conseguido que la travesía resulte agradable en esa parte del barco».

«Yo no he tenido molestia».

«Él no ha tenido molestia», repitió el tío con una carcajada.

«Lo que sí creo que he perdido es mi ma…», y en ese momento se acordó de todo lo que había pasado y de lo que aún quedaba por hacer. Echó la vista atrás y comprobó que todos los presentes los miraban absortos desde sus respectivos sitios. Los únicos que parecían molestos, si es que acaso levantaban un momento la vista, eran los encargados de la autoridad portuaria, que, con una mezcla de severidad y autosuficiencia, lamentaban haber llegado en un momento tan inoportuno; a ellos sí que parecían importarles más los relojes de bolsillo que aquello que ocurría o podía ocurrir en el cuarto.

Después del capitán, el primero en expresar sus sentimientos fue curiosamente el fogonero. «Le doy mi más sincera enhorabuena», dijo estrechando la mano de Karl en lo que parecía también un gesto de admiración. Pero cuando se disponía a dirigir las mismas palabras al senador, éste se apartó como si en ello el fogonero estuviera excediendo sus derechos. Inmediatamente el fogonero desistió también.

Pero los demás habían entendido lo que debían hacer y se movieron formando un buen barullo alrededor de Karl y del senador. Así ocurrió que Karl llegó a recibir una felicitación del mismísimo Schubal sin dejar de aceptarla ni de agradecerla. Por último, los encargados de la autoridad portuaria interrumpieron el silencio restablecido con dos palabras en inglés que produjeron un efecto un tanto ridículo.

Sin embargo, el senador, que estaba dispuesto a saborear hasta el fin la feliz ocasión, quiso hacer memoria para los demás y para sí mismo de otros detalles más triviales, y los otros no sólo consintieron, sino que hasta parecieron interesados. Por ejemplo, dijo haber anotado en su cuaderno los rasgos más característicos mencionados en la carta de la cocinera para el caso de que fuesen

precisos en alguna ocasión. De hecho, durante el parloteo insoportable del fogonero, había sacado ese cuaderno para contrastar como en un juego las indicaciones obviamente inexactas de la camarera con la apariencia real de Karl. «Y así es como uno encuentra a su propio sobrino», concluyó con un tono que casi invitaba a otra nueva ronda de felicitaciones.

«¿Y al fogonero qué le va a pasar ahora?», preguntó Karl desatendiendo el relato final de su tío. Y es que creía que su nueva condición le permitía decir todo lo que pensaba.

«Al fogonero le pasará lo que tenga que pasarle», dijo el senador, «y lo que el señor capitán estime oportuno. Creo que hemos tenido más que suficiente fogonero por hoy, y estoy seguro de que el resto de los presentes también lo cree».

«Pero esa no es la cuestión cuando lo que está en juego es la justicia», respondió Karl, que, situado como estaba entre el capitán y su tío e influenciado por esa cercanía, creyó que la decisión final podría estar en su mano. En cambio, el fogonero sí que parecía haber perdido toda esperanza. Tenía las manos a medio meter en la cintura del pantalón, que había quedado a la vista con sus nerviosos movimientos, al igual que su camisa de rayas. Pero aquello no le preocupaba lo más mínimo. Había contado todas sus penas y ahora no le podía importar enseñar el par de trapos que le cubrían el cuerpo hasta que quisieran echarlo. Imaginaba que era a Schubal y al ujier a los que, por ser los de menor rango, había de corresponderles ese último servicio para con él. Ahora Schubal se quedaría en paz y no volvería a desesperarse como había dicho el cajero mayor. Y el capitán podría ya contratar solamente a rumanos, se hablaría rumano en todo el barco y tal vez todo iría mejor. Nunca más un fogonero se pondría a hablar en la caja principal. Tan sólo de su último cacareo se guardaría un buen recuerdo, porque gracias a él el senador había tenido ocasión de conocer a su sobrino. Por lo demás, el sobrino había intentado repetidamente servirle de ayuda, anticipando así sobradamente la gratitud por su trabajo en el reencuentro. Por eso al fogonero no se le ocurriría exigirle nada más. En cualquier caso y por mucho que fuera el sobrino de un senador, aún le quedaba mucho para alcanzar el rango de capitán de barco, y era sólo de la boca del capitán de la que había de salir la palabra maldita. Inmerso en ese tipo de consideraciones, el fogonero no buscaba siquiera la mirada de Karl, pero tampoco sus ojos encontraban donde posarse en aquel cuarto lleno de enemigos.

«No malinterpretes la situación», le dijo el senador a Karl, «quizá es una cuestión de justicia, pero también al mismo tiempo una cuestión de disciplina y ambas cosas, pero especialmente esta última se rigen aquí por el criterio del capitán».

«Así es», murmuró el fogonero, y aquellos que lo oyeron y fueron capaces de comprenderlo se sonrieron con extrañeza.

«Además, ya hemos interrumpido demasiado tiempo las tareas del capitán, que por otra parte deben de ser muchísimas con la llegada a Nueva York. Así que ya es hora de abandonar el barco en lugar de mediar más y convertir en asunto de Estado un insignificante altercado entre dos maquinistas. Entiendo a la perfección tu comportamiento, querido sobrino, pero es eso precisamente lo que me da el derecho a alejarte inmediatamente de aquí».

«Enseguida mandaré botar una embarcación para usted», dijo el capitán sin poner, para asombro de Karl, la más mínima objeción a las palabras del tío, las cuales además debían de entenderse como una autoexposición. El cajero mayor se precipitó hacia el escritorio y transmitió la orden al

contramaestre.

El tiempo apremia, se dijo Karl, pero es imposible hacer nada sin ofender a todo el mundo. Además no puedo abandonar a mi tío cuando hace sólo un momento que me ha encontrado. El capitán es cortés, pero nada más, su cortesía se acaba donde empieza la disciplina. En cambio mi tío ha hablado de corazón. Con Schubal sí que no quiero hablar, hasta me duele haberle dado la mano. Y los otros no son más que peleles.

Mientras así razonaba, se fue acercando lentamente al fogonero, le sacó la mano derecha de la cintura y la sostuvo como jugueteando entre sus manos. «¿Por qué no dices nada tú?», preguntó, «¿por qué lo permites todo?».

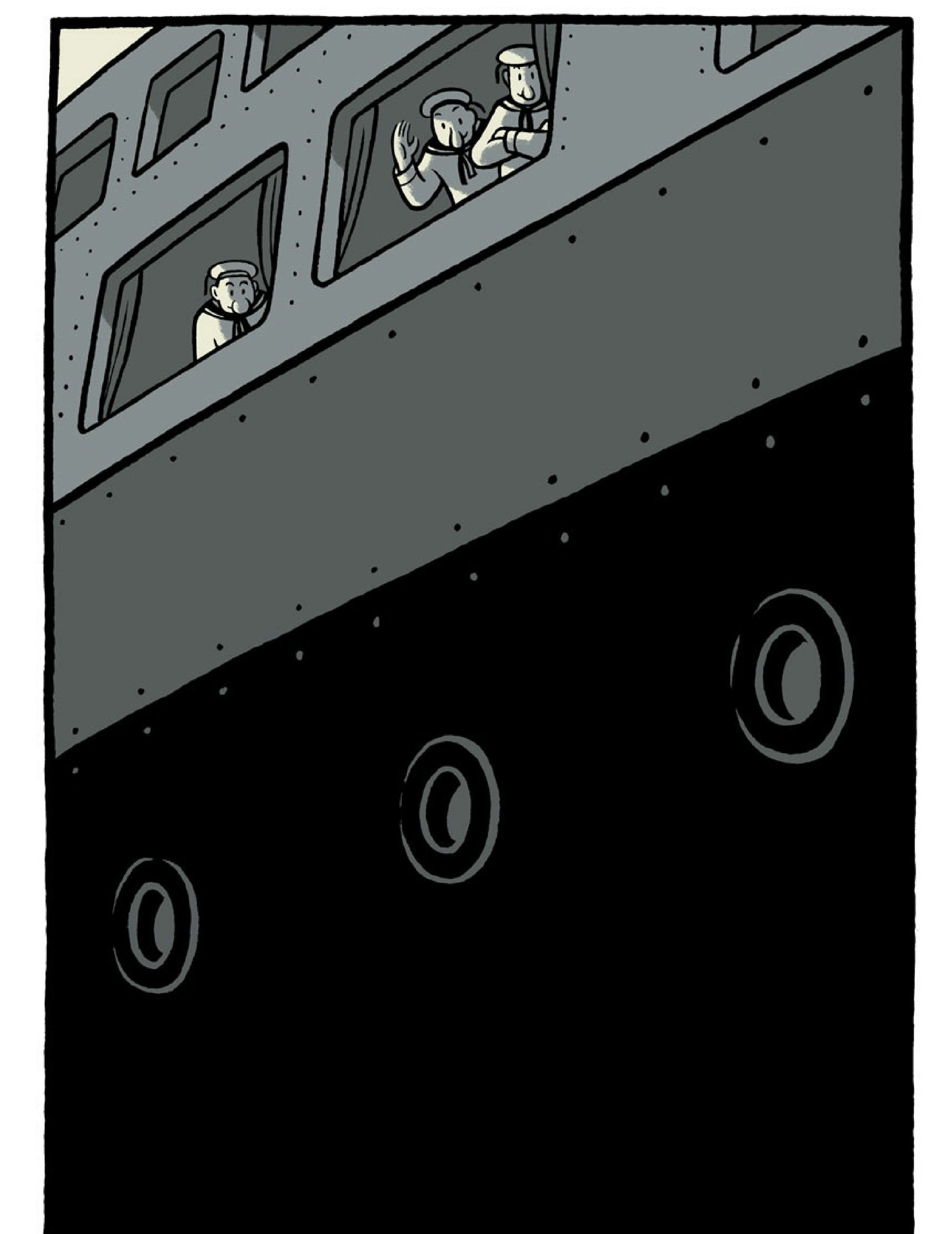
El fogonero arrugó la frente como buscando la palabra correcta y bajó la vista a su mano y a la de Karl.

«Has sufrido la mayor injusticia posible en este barco, yo lo sé muy bien». Karl pasó sus dedos por entre los dedos del fogonero mientras éste miraba en derredor con los ojos brillándole; era como si experimentara una dicha que nadie pudiera ultrajar jamás.



«Tienes que defenderte, decir sí y no, de lo contrario nadie podrá saber nunca la verdad. Me tienes que prometer que lo harás, porque me temo, con razón, que en adelante no podré ayudarte». Y entonces Karl se echó a llorar besándole la mano y estrechando esa misma mano agrietada y casi sin vida contra la mejilla, como si fuese un tesoro al que debiera renunciar para siempre. Pero el tío senador ya había llegado a su altura y tiraba de él, aunque realmente no con mucha fuerza. «Se diría que el fogonero te ha hechizado», dijo, y miró al capitán por encima de la cabeza de Karl buscando su complicidad. «Te sentiste abandonado y encontraste al fogonero; por eso ahora le estás agradecido. Eso es muy loable, pero no exageres, hazlo por mí, y empieza ya a saber cuál es tu lugar».

En ese instante comenzó a oírse ruido fuera, gritos y a alguien aporreando la puerta incluso con violencia. Entró un marinero con pinta de bruto y un delantal de muchacha puesto encima. «Hay gente fuera», gritó mientras aún se revolvía dando codazos como si todavía estuviese en medio del tumulto. Al fin se recompuso y quiso hacer el saludo al capitán, pero entonces se acordó del delantal, se lo arrancó de encima y lo tiró al suelo diciendo: «Qué asco, me han puesto un delantal». Acto seguido se cuadró, hizo chocar los tacones y saludó. Alguno quiso reírse, pero el capitán repuso severamente: «Parece que estamos de buen humor. ¿Quién está ahí fuera?». «Son mis testigos», dijo Schubal dando un paso adelante. «Ruego humildemente que disculpe su inadecuada conducta. Después de tanto viaje algunos marineros se ponen como locos». «Hágalos entrar en el acto», ordenó el capitán, y a continuación se volvió al senador y continuó hablando con celeridad, si bien en un tono más amable: «Tenga ahora la bondad, estimado señor senador, de acompañar al marinero. Él los conducirá a usted y a su señor sobrino hasta el bote. Creo que no hace falta insistir en el gran placer y el honor que ha supuesto conocerlo en persona. Sólo espero que tengamos pronto ocasión de reemprender nuestra conversación sobre el estado de la Marina americana, y ojalá que entonces nos interrumpan otra vez si es que ha de ser por una causa tan grata como la de hoy». «Bueno, por ahora tengo bastante con un sobrino», dijo riendo el tío. «También mi más sincero agradecimiento y mis mejores deseos. No es del todo improbable que podamos charlar y coincidir de nuevo y ya sin prisas con motivo de nuestro… —y al decir esto estrechó contra sí a Karl— viaje a Europa». «Pues me alegraría mucho», dijo el capitán. Los dos señores se dieron la mano. En cambio Karl sólo tuvo tiempo de alargar la suya al capitán sin cruzar una sola palabra. Y es que no había transcurrido ni un segundo cuando el capitán se vio rodeado por unas quince personas que, algo intimidadas al principio pero aun así haciendo mucho ruido, entraron al cuarto guiadas por Schubal. El marinero pidió al senador permiso para salir y abrió un pasillo entre todo el gentío para que Karl y él pudieran atravesar en medio de las reverencias de todos. No parecía, en realidad, que los moviera ninguna mala intención, aunque sí es cierto que la discusión entre Schubal y el fogonero no había sido para ellos más que una comedia, y por eso no podían parar de reír incluso ahora, en presencia del capitán. Karl pudo distinguir entre ellos a Line, la muchacha de las cocinas, que le hacía guiños entre risas mientras se ataba el delantal de antes, que había resultado ser suyo.



Siguiendo todo el tiempo al marinero, abandonaron las oficinas hasta torcer por un pequeño pasillo que después de un par de pasos desembocaba en una trampilla; de ella colgaba una escalerilla que conducía al bote dispuesto para ellos. Con una sola frase, el cabecilla saltó a bordo y los marineros se levantaron e hicieron el saludo. Aún estaba el senador advirtiendo a Karl que tuviera cuidado al bajar cuando en el peldaño más alto éste rompió a llorar con todas sus fuerzas. El senador puso la mano bajo el mentón de Karl y lo sostuvo abrazándolo fuerte y acariciándolo con la otra mano. Y así es como descendieron peldaño tras peldaño hasta alcanzar abrazados el bote. Entonces el senador dispuso un buen sitio para Karl enfrente de él. A una señal suya los marineros empujaron el bote afuera del barco y un poco más tarde ya estaban en plena faena. Al alejarse unos dos metros, Karl descubrió con sorpresa que el lugar en el que se encontraban venía a dar justo bajo las ventanas de la caja principal; las tres ventanas estaban ocupadas por los testigos de Schubal, que les saludaban muy expresivos haciéndoles señas. Hasta el mismo tío les devolvió el saludo, mientras un marinero hacía la proeza de enviarles un beso con la mano sin dejar de remar a toda prisa. Era como si el fogonero ya no existiera. Karl miró con más detenimiento a su tío, cuyas rodillas casi rozaban las suyas, y empezó a dudar que aquel hombre pudiera sustituir al fogonero alguna vez. También el tío apartó de él la mirada y se puso a mirar las olas que hacían mecerse el bote.

«A entrar en el puerto de Nueva York a bordo de un barco que se iba deteniendo, Karl Robmann, un joven de diecisiete años al que sus padres pobres habían enviado a América por tener un hijo con una criada que lo había seducido, creyó ver la Estatua de la diosa Libertad, que divisaba desde hacía un buen rato, como si estuviera dentro de un rayo de sol que fulgurara de repente». Así comienza *El fogonero*, que se publicó como libro independiente en 1913 y terminó siendo el primer capítulo de *El desaparecido*, la inacabada novela de Kafka.

Este relato, magníficamente ilustrado por Max, contiene elementos característicos de la narrativa del autor checo: todos estamos en manos de un destino que no controlamos. El joven Robmann defenderá con vehemencia al fogonero porque considera que ha sido tratado injustamente, y de su viaje por el interior del barco, que se puede ver como un encuentro con las estructuras del poder, saldrá airoso gracias a un inesperado suceso…

> «Como esos protagonistas de Kafka no son verdaderas personas, nos parece como si cada uno de nosotros recibiera su llamada y su exhortación. Y es que ese ser humano de buena voluntad puede ser cualquiera, puede ser todos, quizás incluso tú y yo».
>
> HANNAH ARENDT



FRANZ KAFKA (Praga, 1883 - Kierling, Austria, 1924). Escritor checo en lengua alemana. Nacido en el seno de una familia de comerciantes judíos, Franz Kafka se formó en un ambiente cultural alemán, y se doctoró en Derecho. Pronto empezó a interesarse por la mística y la religión judías, que ejercieron sobre él una notable influencia.

Su obra, que nos ha llegado en contra de su voluntad expresa, pues ordenó a su íntimo amigo y consejero literario Max Brod que, a su muerte, quemara todos sus manuscritos, constituye una de las cumbres de la literatura alemana y se cuenta entre las más influyentes e innovadoras del siglo XX.

En 1913, el editor Rowohlt accedió a publicar su primer libro, *Meditaciones*, que reunía extractos de su diario personal, pequeños fragmentos en prosa de una inquietud espiritual penetrante y un estilo profundamente innovador, a la vez lírico, dramático y melodioso. Sin embargo, el libro pasó desapercibido; los siguientes tampoco obtendrían ningún éxito fuera de un círculo íntimo de amigos y admiradores incondicionales.

Entre 1913 y 1919 Franz Kafka escribió El proceso, La metamorfosis y La condena y publicó *El fogonero*, que incorporaría más adelante a su novela *América, En la colonia penitenciaria* y el volumen de relatos *Un médico rural*.